

Grado de Historia – Trabajo de Fin de  
Grado Curso 2014-2015

Departamento de Historia Contemporánea

# Naciones y nacionalismos

Aproximaciones teóricas desde las  
teorías modernistas

Asier Hernández Aguirresarobe

Tutora: Dra. Coro Rubio Pobes, profesora del  
Departamento de Historia Contemporánea  
UPV/EHU

**Abstract:**

Este trabajo analiza las principales aportaciones de los más destacados autores de la escuela modernista de estudio de las naciones y el nacionalismo. Se analiza en él un conjunto de obras señeras de Ernest Gellner, Benedict Anderson, Eric Hobsbawm y John Breully, tratando de explicar la problemática a la que se han enfrentado estos autores al abordar la conceptualización de la nación y el nacionalismo, y las explicaciones que han formulado acerca de sus antecedentes, orígenes y circunstancias de su aparición.

**Abstract:**

Paper that intends to analyze the contributions of some of the most important authors of the modernist school of studies on nations and nationalism. It analyzes a variety of works by Ernest Gellner, Benedict Anderson, Eric Hobsbawm and John Breully, and tries to explain the difficulties these authors have faced while conceptualizing the nation and the nationalism, the explanations this authors provide about their precedents, origins and circumstances of appearance.

**Abstract:**

Lan honek eskola modernoko autorrerik nabarmenen nazioaren eta nazionalismoen inguruko ekarpenak aztertzen ditu. Ernest Gellner, Benedict Anderson, Eric Hobsbawm eta John Breully-ren aparteko obren multzoa aztertzen da. Nazioaren eta nazionalismoaren kontzeptualizazioari aurre egiteko aipatutako autoreek izandako problematika azaltzen saiatuz, aurrekarien inguruko informazioa argitu eta jatorri eta haien agerpenaren irizpideak jasotzen ditu.

## ÍNDICE GENERAL

<b>1. Introducción.....</b>	<b>4</b>
<b>2. Los conceptos de nación y nacionalismo en los teóricos modernistas .....</b>	<b>7</b>
2.1. La complejidad de la conceptualización .....	7
2.2. Dos ejemplos concretos de conceptualización: Gellner y Anderson .....	12
<b>3. Los antecedentes de la nación desde el análisis de los teóricos modernistas....</b>	<b>18</b>
3.1. La lengua.....	18
3.2. La etnia .....	23
3.3. La religión.....	25
3.4. La historia. De reino dinástico a <i>nación histórica</i> .....	28
3.5. Conclusión .....	30
<b>4. La aparición de las naciones y los nacionalismos .....</b>	<b>31</b>
<b>5. Conclusiones.....</b>	<b>41</b>
<b>6. Bibliografía .....</b>	<b>43</b>

## 1. Introducción

El nacionalismo es un tema de primera magnitud en la historiografía contemporánea. Su análisis ha hecho correr ríos de tinta y en pocos ámbitos del estudio de la historia encontramos una cantidad equivalente de teorías diferentes o de defensas más acaloradas. Además, “a menudo esta confrontación trasciende los límites estrictamente académicos para presentarse en medio de polémicas políticas y personales”<sup>1</sup>. En esta breve introducción presentaré las características principales de tres grandes enfoques para el estudio del nacionalismo: el primordialista, el etnonacionalista y el de la escuela modernista, con el fin de entender mejor las formulaciones de esta última, que es en la que se va a centrar este trabajo.

En primer lugar, las teorías denominadas primordialistas entienden la *nación* como un fenómeno natural e independiente de los contextos sociales, políticos o económicos del momento de aparición del nacionalismo. Según este punto de vista, “el mundo se compone de naciones culturales y siempre lo ha hecho; las naciones son el pilar de la historia y los protagonistas del drama histórico”<sup>2</sup> y es, como no podía ser de otro modo, el defendido por los propios movimientos nacionalistas. Estas teorías buscan en la biología la lógica de la existencia *natural* de las naciones: del mismo modo que el individuo trata de dotarse de una identidad estableciendo relaciones sociales dentro de un grupo y desconfiando de aquellos que no pertenecen a él, así lo hacen las naciones. Las naciones no serían más que “una familia en grande”<sup>3</sup>.

Los problemas que presenta este tipo de enfoque han sido ampliamente señalados por sus críticos, que de entrada dudan del fundamento científico de sus proposiciones. La consideración de que este tipo de relación identitaria es *natural* plantea inmediatamente dos interrogantes: ¿por qué las naciones no han participado como actores históricos de peso hasta épocas muy recientes? ¿Cuáles han sido las razones de su letargo y por qué han despertado en el momento actual? Es obvio que, incluso considerando la *nación* como un tipo de comunidad fundamental y eterna, el contexto social y político ha de ser importante para dar una respuesta adecuada a estos interrogantes. No es por ello menos

---

<sup>1</sup> Mees, Ludger. “Modernización, cultura y nacionalismo”. *Modernización, desarrollo económico y transformación social en el País Vasco y Navarra*. Ed. Francisco Javier Caspistegui, y María del Mar Larraza. Pamplona: Eunat, 2003: 129.

<sup>2</sup> Smith, Anthony D. *Nacionalismo y Modernidad* (trad. Sandra Chaparro). Madrid: Ed. Istmo, 2000: 263.

<sup>3</sup> Mees, L. “Modernización, cultura y nacionalismo”...: 142.

cierto que, a pesar de la incoherencia teórica del enfoque primordialista, su éxito ha sido apabullante a lo largo y ancho del globo.

En segundo lugar están las teorías etnonacionalistas, que unen, como su propio nombre indica, los conceptos de etnicidad (biológica, religiosa, histórica o cultural) y de nacionalismo político. El paso de uno a otro se da, según ellas, por procesos tanto culturales como socioeconómicos y tiene como resultado un grupo étnico organizado en base política. Esta *etnonación* mantiene el carácter biológico del enfoque primordialista, pero admite la importancia de procesos contextuales como el ocaso de la identificación religiosa o el auge del Estado moderno considerándolos factores necesarios para el surgimiento del nacionalismo. De este modo, se constituye como una teoría puente entre el primordialismo y el modernismo, que vincula el surgimiento del nacionalismo con los procesos de modernización. En los últimos tiempos, el renombrado sociólogo británico Anthony Smith se ha centrado en lo que él denomina *etno-simbolismo*, un enfoque que sigue la estela del etnonacionalismo en tanto que toma elementos de las dos escuelas mencionadas pero que se centra más en los mitos y factores simbólicos que permiten la perpetuación de la identidad nacional<sup>4</sup>.

La corriente historiográfica más importante en cuanto a su amplitud y variedad es la tercera mencionada, la modernista. De hecho esta importancia ha hecho que sea la única tenida como relevante en algunos análisis historiográficos<sup>5</sup>. Algunos de sus exponentes fundamentales como Ernest Gellner, Benedict Anderson, Eric Hobsbawm o John Breuilly han tenido un papel fundamental en el desarrollo de una estructura explicativa teórica sobre el surgimiento de las naciones y el nacionalismo y han publicado obras que hoy se consideran clásicos sobre el tema. Es el caso de Gellner, antiguo profesor de Ciencias Políticas y Antropología en la Universidad de Cambridge, y sus obras *Thought and Change* (1964) y *Nations and Nationalism* (1983); de Benedict Anderson, profesor emérito en International Studies, Government and Asian Studies en la Universidad de Cornell, y su libro *Comunidades Imaginadas* (1983); del fallecido Eric Hobsbawm, profesor de la Universidad de Londres y autor de *The Age of Revolution* (1962), *The Age of Capital* (1975) y *The Age of Empire* (1987), y su libro *Naciones y nacionalismo desde 1780* publicado en 1990; y, por último, de John Breuilly, profesor de Nationalism and

---

<sup>4</sup> Mees, L. "Modernización, cultura y nacionalismo"...:142.

<sup>5</sup> Por ejemplo en Gunn, Simon. *Historia y Teoría Cultural* (trad. J.J. Colomina y V. Raga). Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2011: 162-165.

Ethnicity en la London School of Economics and Political Science, y la obra *Nacionalismo y Estado* (1985).

Sus planteamientos teóricos comparten la idea de que las naciones, lejos de ser entes eternos y constituyentes de la naturaleza humana como defendían los primordialistas, son el resultado de una serie de cambios surgidos con los procesos de modernización a finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX. Encontramos, sin embargo, buena cantidad de diferencias entre los diversos autores y el momento en el que ellos defienden que se producen estos cambios. Sin embargo, es claro que todos coinciden en que es el contexto y su relación con las sociedades lo que da a luz a la nación y al nacionalismo, por lo que a menudo han sido también denominados como contextualistas.

El propósito de las siguientes páginas es el de dar una breve visión de conjunto de las principales teorías producidas por estos autores modernistas acerca de qué son las *naciones* y el *nacionalismo*, cuándo, dónde y de qué forma surgen, y de las críticas a que pueden someterse.

La estructura del trabajo es temática y se divide en tres apartados principales. El primero de ellos es un análisis general de los problemas que plantea el estudio de los orígenes de los nacionalismos y la búsqueda llevada a cabo por los teóricos de la escuela modernista para alcanzar una definición satisfactoria de lo que es una nación. El segundo apartado se ocupa de estudiar los argumentos proporcionados por estos autores para explicar la aparición de las identidades nacionales y los elementos que pueden ser considerados como antecedentes de algunas características de las futuras naciones. Para ello se analizan factores como, la lengua, la etnia, la religión, o la historia. El tercer apartado trata de recoger las explicaciones que dan los principales autores de la escuela modernista al surgimiento de las naciones y los nacionalismos.

Este trabajo, al ser de tipo teórico, utiliza como fuentes principales una selección de las obras más señeras de los más destacados exponentes de las teorías modernistas. Es decir, las ya citadas *Naciones y Nacionalismo desde 1780* de Hobsbawm, *Comunidades Imaginadas* de Benedict Anderson, *Nacionalismo y Estado* de John Breuilly y *Naciones y Nacionalismo* de Ernest Gellner. Todas estas obras son grandes clásicos mundiales de la historiografía sobre el nacionalismo. Además, en este trabajo se utiliza también bibliografía complementaria de apoyo especificada en el apartado final correspondiente.

## 2. Los conceptos de nación y nacionalismo en los teóricos modernistas

### 2.1. La complejidad de la conceptualización

El primer problema al que se enfrentan quienes estudian las naciones y los nacionalismos es la propia definición de los conceptos. A pesar de ser *nación* un concepto de uso ampliamente extendido, es notoriamente difícil de definir objetivamente. El historiador británico H. Seton-Watson, autor de *Nations and States* (1977), se ha limitado a encogerse de hombros y afirmar que “no puede elaborarse ninguna ‘definición científica’ de la nación; pero el concepto ha existido y existe”<sup>6</sup>.

Las dificultades para su definición han sido constatadas por los teóricos modernistas, quienes no han dejado de señalar las paradojas que rodean el concepto. Eric Hobsbawm ha explicado, en la introducción de su obra *Naciones y Nacionalismo desde 1780*, que no es posible encontrar ningún criterio satisfactorio que diferencie a las naciones del resto de colectivos desde un punto de vista teórico *a priori*<sup>7</sup>. Ninguno de los criterios apriorísticos y objetivos habitualmente esgrimidos para definir una nación (la lengua, las costumbres compartidas, la etnicidad, etc.), o combinación de ellos, ha sido capaz de superar la confrontación con la heterogeneidad real de los movimientos nacionales<sup>8</sup>. Si la lengua común es causa del surgimiento de una nación, ¿cómo explicar entonces la existencia de naciones con varias lenguas, como la suiza? O, dicho de otro modo, ¿por qué pueblos que comparten una misma lengua pueden no ser considerados “nacionales” en absoluto? Si se considera que los criterios objetivos no son capaces de ofrecer una definición satisfactoria de la nación, la respuesta debería estar en criterios subjetivos. Desde este punto de vista, la nación no sería más que el colectivo formado por personas que se consideran parte de una nación. Pero según Hobsbawm, no basta la voluntad para constituir una nación. Para este historiador, ni las definiciones subjetivas ni las objetivas son válidas, pues ambas resultan engañosas<sup>9</sup>.

Si bien la delimitación del concepto se enfrenta a este tipo de problemas, distan mucho de ser los únicos. Benedict Anderson señaló, además, otras tres paradojas que

---

<sup>6</sup> Citado por Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (trad. Eduardo L. Suárez). México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1993: 20.

<sup>7</sup> Hobsbawm, Eric. *Naciones y nacionalismo desde 1780* (trad. Jordi Beltrán). Barcelona: Crítica, 1992: 13.

<sup>8</sup> *Ibíd.* : 16.

<sup>9</sup> *Ibíd.* : 16.

hacían especialmente complejo su análisis para los teóricos del nacionalismo<sup>10</sup>. La primera de ellas afecta al núcleo de la teoría modernista y hace referencia a la modernidad objetiva de las naciones frente a su supuesta antigüedad defendida por los movimientos nacionalistas. Si bien los orígenes del nacionalismo siguen siendo objeto de debate en la historiografía, los teóricos modernistas tienen claro que se trata de un tipo de identificación surgido en los albores de la modernidad. El punto de vista de los movimientos nacionalistas, que ven en este tipo de comunidad una especie de unión primigenia que habría permanecido latente en el tiempo por debajo de otros tipos de identificaciones (políticas, sociales o económicas) no puede estar, pues, más lejos de la realidad para los teóricos modernistas. La segunda de las paradojas descritas por Anderson sería la “universalidad formal de la nacionalidad (...) frente a la particularidad irremediable de sus manifestaciones concretas”<sup>11</sup>. Encontramos aquí un eco de los problemas anticipados por Hobsbawm: si las naciones no pueden definirse de forma apriorística, hay que considerar que cada manifestación nacional es subjetiva y diferente al resto. ¿Pero cómo podemos estar seguros entonces, señala Anderson, de estar hablando del mismo fenómeno? La última de las paradojas hace referencia a la escasez e incoherencia del desarrollo filosófico del nacionalismo frente a su enorme poder político. Al contrario que otros movimientos como el marxismo, el liberalismo o el fascismo, los movimientos nacionalistas tienden a carecer de un desarrollo teórico y filosófico a la altura de su importancia. La ausencia de este desarrollo puede ser considerada como una causa de las dificultades para definir la nación, pero es al mismo tiempo originada, muy probablemente, por las mismas dificultades a que se enfrenta el historiador<sup>12</sup>.

¿Cómo solventar entonces estas dificultades y dar al menos una definición, cuando menos funcional, de lo que es una nación? “El agnosticismo –concluía Hobsbawm- es la mejor postura que puede adoptar el que empieza a estudiar este campo”<sup>13</sup>. Analizar el camino recorrido por los teóricos modernistas para solventar estas dificultades y dar con una idea operativa de lo que es una nación constituye el objeto de las páginas que siguen.

Existen puntos de vista compartidos por todos estos autores modernistas: 1) la consideración de la naturaleza política del fenómeno nacionalista y la relación fundamental que observan entre los movimientos nacionales y ~~con~~ los estados territoriales

---

<sup>10</sup> Anderson, B. *Comunidades imaginadas...*: 22-23.

<sup>11</sup> *Ibíd.*: 22.

<sup>12</sup> *Ibíd.* : 22-23.

<sup>13</sup> Hobsbawm, E. *Naciones y nacionalismo...*: 16.

modernos. 2) La convicción de que “las naciones no construyen estados y nacionalismos, sino que ocurre al revés”<sup>14</sup>. 3) La consideración del limitado alcance del nacionalismo en contraste con movimientos universalistas y 4) la afirmación de que el surgimiento de los movimientos nacionales está relacionado intrínsecamente con el mundo de finales del siglo XVIII y el desarrollo que da a luz a las sociedades modernas. Estos puntos comunes se formulan de formas distintas dependiendo del autor pero constituyen las bases compartidas por este grupo de teóricos.

La naturaleza política del nacionalismo ha sido remarcada por la mayoría de autores de la escuela modernista, que consideran que entender esto es básico para la comprensión del fenómeno. Así, Ernest Gellner ha propuesto considerar el nacionalismo como un principio de legitimidad política del que se derivan sus otras naturalezas (afectiva, social) y no a la inversa<sup>15</sup>. Esto mismo defiende Hobsbawm y añade que este principio no solamente legitima a los representantes nacionales, sino que jerarquiza efectivamente las relaciones políticas, al prescribir que la defensa de la nación “se impone a todas las otras obligaciones públicas”<sup>16</sup>. Algunos autores, como Gellner, han preferido enfocar la vinculación política del nacionalismo con los estados territoriales modernos, al considerar que “el problema del nacionalismo no surge en sociedades desestanzadas”<sup>17</sup>. John Breuilly ha ido tan lejos como para rechazar cualquier definición del nacionalismo que no se base en la idea de que el objetivo final del mismo es el control del poder del estado<sup>18</sup>. Es más, cualquier definición basada en otros criterios culturales, sociales o étnicos tiende a confundir las causas del nacionalismo con sus consecuencias, que se derivan en última instancia de un movimiento político en busca de poder.

Desde un punto de vista como este, el nacionalismo parece tan solo una excusa para asaltar el estado. Las dos preguntas que se derivan de esta concepción son: 1) ¿por qué el nacionalismo no aparece, por regla general, antes del surgimiento del estado moderno? y 2) ¿cuáles son las necesidades que empujan a un colectivo autodefinido como nación a tomar las riendas de un estado? Esta segunda cuestión es respondida por Breuilly al exponer los tres axiomas de los movimientos nacionales: la existencia de una nación con un carácter e identidad diferenciados, la obligación de que los objetivos y valores de

---

<sup>14</sup> *Ibíd.* : 18.

<sup>15</sup> Gellner, E. *Naciones y Nacionalismo* (trad. Javier Seto). Madrid: Alianza, 2001: 13.

<sup>16</sup> Hobsbawm, E. *Naciones y nacionalismo...*: 17.

<sup>17</sup> Gellner, E. *Naciones y Nacionalismo...*: 17.

<sup>18</sup> Breuilly, John. *Nacionalismo y Estado* (trad. José M. Pomares). Barcelona: Pomares-Corredor, 1990: 11.

esta nación sean privilegiados frente a los del resto de colectivos y la necesidad suprema de independencia, en especial a través de la consecución de la soberanía<sup>19</sup>. La respuesta a la primera cuestión se halla en el corazón de las teorías de algunos de estos autores modernistas porque, en definitiva, gran parte de los cambios en la modernidad (de los que se hace derivar el nacionalismo) están íntimamente relacionados con los Estados modernos. Un ejemplo sería el de Gellner, que explica que en una época industrial, en contraposición con épocas agrarias o preagrarias anteriores, la existencia del Estado es básicamente indiscutible. El control y la organización necesarios para el correcto funcionamiento requerido por el aparato económico moderno obligan a la existencia del Estado y a la creación de un sistema educativo homogeneizado que provea a la industria con mano de obra cualificada, móvil e intercambiable<sup>20</sup>. Como analizaré más adelante, Gellner establece una relación intrínseca entre los orígenes del nacionalismo y este desarrollo, por lo que hablar de nacionalismo antes de la existencia del Estado sería anacrónico.

El segundo punto que he apuntado como común a estos autores de la escuela modernista es la defensa de que el nacionalismo antecede a las naciones, negando así el punto de vista de los historiadores primordialistas o de los propios movimientos nacionalistas que argumentan que la idea de nación tiene una base objetiva y permanente. Tal y como bien mencionaba el propio Gellner:

Es el nacionalismo el que crea a las naciones y no al revés. Ciertamente el nacionalismo recurre, tanto a las culturas que proliferaron con anterioridad que habían sido históricamente heredadas como a la riqueza cultural preexistente, si bien hace un uso muy selectivo de ellas y, a menudo, las transforma radicalmente. [...] El nacionalismo no es lo que parece y, sobre todo, no es lo que se parece a sí mismo. Las culturas a las que dice defender y revivir, a menudo no son más que sus propias invenciones o, si no, han sido modificadas más allá de cualquier posibilidad de reconocimiento (*Naciones y nacionalismo*: 55-56).

Como puede observarse, para este autor el nacionalismo es fundamentalmente un artefacto, ensamblado a partir de los pedazos de culturas antiguas para servir a sus propósitos. Si bien este punto de ingeniería social ha sido duramente criticado<sup>21</sup>, no por

---

<sup>19</sup> *Ibíd.* : 13.

<sup>20</sup> Gellner, E. *Naciones y Nacionalismo...*: 18.

<sup>21</sup> Smith, A. *Nacionalismo y Modernidad...*: 93-97.

ello es menor el éxito que ha tenido entre otros autores. Eric Hobsbawm recalca también este elemento de creación y Benedict Anderson comenzaba su *Comunidades imaginadas* haciéndose eco de este punto de vista: “Mi punto de partida es la afirmación de que la nacionalidad, o la "calidad de nación" –como podríamos preferir decirlo, en vista de las variadas significaciones de la primera palabra-, al igual que el nacionalismo, son *artefactos culturales de una clase particular*”<sup>22</sup>. La pregunta fundamental de cómo se construyen estos artefactos culturales que componen la nación está en el núcleo de las teorías modernistas y será tratada en el siguiente apartado.

El alcance del nacionalismo también ha sido objeto de análisis para los teóricos, que no han dejado de compararlo con el de otros movimientos políticos, sociales y religiosos como el marxismo o el cristianismo. En contraposición a la vocación universal de éstos, el nacionalismo se presenta, *por definición*, como limitado a un conjunto de seres humanos determinados.

La nación se imagina *limitada* porque incluso la mayor de ellas, que alberga tal vez a mil millones de seres humanos vivos, tiene fronteras finitas, aunque elásticas, más allá de las cuales se encuentran otras naciones. Ninguna nación se imagina con las dimensiones de la humanidad. Los nacionalistas más mesiánicos no sueñan con que habrá un día en que todos los miembros de la humanidad se unirán a su nación, como en ciertas épocas pudieron pensar los cristianos, por ejemplo, en un planeta enteramente cristiano. (Anderson, *Comunidades Imaginadas*: 24-25)

En términos aún más tajantes se expresa John Breuilly al indicar que cualquier independencia que se consigue por la reclamación de principios universales, como los derechos humanos, ha de ser excluida de cualquier definición de nacionalismo. El argumento es que en estos movimientos (su ejemplo son las Trece Colonias en América del Norte o los movimientos anticolonialistas modernos) la nación sirve como elemento secundario para apuntalar la legitimidad de estos grupos, en lugar de como sujeto principal de la acción. No obstante, el propio Breuilly se hace eco de la dificultad de distinguir estos dos tipos de apelaciones y no niega en absoluto la posibilidad de un desarrollo posterior de un nacionalismo pleno<sup>23</sup>. Por otro lado, Gellner se muestra algo

---

<sup>22</sup> Anderson, B. *Comunidades imaginadas...*: 21. (*las cursivas son mías*).

<sup>23</sup> Breuilly, J. *Nacionalismo y Estado...*: 17-19.

más reservado al admitir que podían existir (y de hecho llega a decir que han existido) nacionalistas *en abstracto*, pero considera que se trata de una anomalía más que de algo sistemático y no los considera objetos de análisis relevantes.

El último punto común que podemos encontrar en todas las definiciones de este grupo de teóricos es la referencia a la modernidad de la nación. Los orígenes del nacionalismo no se hayan en la *cuna de la civilización* ni en los grupos de cazadores-recolectores, sino en un período más o menos concreto de la historia en torno a las postrimerías del siglo XVIII y los albores del siglo XIX. Si bien el desarrollo teórico de los factores y el discurrir de los acontecimientos que dieron lugar a la creación de las naciones varía de forma considerable todos ellos consideran que hablar de la nación en una época anterior es, en general, anacrónico.

## 2.2. Dos ejemplos concretos de conceptualización: Gellner y Anderson

Para concluir con este epígrafe, analizaré brevemente algunas definiciones de nación y nacionalismo formuladas por los teóricos modernistas. En primer lugar, la definición acuñada por Gellner en su obra *Naciones y Nacionalismo*, publicada en 1983. Según este autor, el nacionalismo “es un principio político que sostiene que debe haber congruencia entre la unidad nacional y la política”, al tiempo que el sentimiento nacional no es más ni menos que “el estado de enojo que suscita la violación del principio o el de satisfacción que acompaña a su realización”. Esta definición es también utilizada por Hobsbawm en su *Naciones y Nacionalismo desde 1780*, pero añadiendo que los deberes públicos de todos los miembros de la nación para con ésta son superiores a todas las demás obligaciones públicas y, en casos excepcionales, a todas las demás obligaciones en general. La definición de Gellner parte de la base de que el nacionalismo es un movimiento fundamentalmente político con fines también políticos. Estos fines son la igualación de la *unidad nacional* y la *unidad política*, que solo pueden materializarse en el Estado moderno. De este modo, la toma de control del Estado por parte de la nación es el objetivo primordial de los movimientos nacionalistas.

Pero, ¿qué es una nación para Gellner? Si bien no aparece concretada de forma explícita en su citado estudio, Gellner considera a la nación un artefacto, una *invención*, y utiliza los adjetivos *nacional* y *étnico* con equivalencia al decir que “el nacionalismo es una teoría de legitimidad política que prescribe que los límites étnicos no deben

contraponerse a los políticos”<sup>24</sup>. Sin embargo, el resto del análisis de Gellner sobre los orígenes del nacionalismo gira en torno a la idea de “cultura”, dando lugar a una cierta ambigüedad que no ha pasado desapercibida para críticos como Anthony Smith<sup>25</sup>.

El análisis de Gellner –completado más tarde por Hobsbawm en su *Naciones y nacionalismo en 1780-* prosigue dando cuenta de una realidad evidente: no todas las posibles naciones han alcanzado su objetivo de fundar un Estado-nación. Esta idea sería recogida por Hobsbawm en su análisis de la relación entre las ideas liberales y las ideas nacionales y se concretaría en la existencia de un *principio de nacionalidad*, el cual distinguiría a las naciones políticamente viables de las no viables<sup>26</sup>. La tesis del *principio de nacionalidad* parte de la base de que el concepto de *nación* ha ido cambiando de significado a lo largo del tiempo. Si bien en la época de la revolución era un término utilizado para referirse al conjunto de ciudadanos que se constituían en un Estado, “el bien común frente a los privilegios”<sup>27</sup>, el impacto de las ideas liberales afectó su concepción. El paradigma liberal de un mundo sin fronteras en el que las leyes del libre comercio pudieran aplicarse sin trabas se contraponía al peso práctico de los Estados como actores económicos fundamentales. La paradoja sería explotada por economistas como Alexander Hamilton o la escuela alemana de Friedrich List para dar forma al concepto de economía *nacional* que consiguiera “el desarrollo económico de la nación”<sup>28</sup>. La consecuencia del giro de la economía hacia marcos estatales fue la aceptación de que cualquier *principio de nacionalidad* debía tener en cuenta la viabilidad económica de las naciones. Desde este punto de vista, continúa Hobsbawm, el proceso de creación de naciones podía entenderse tan solo como un movimiento de *unificación*: un paso hacia la creación de una sociedad mundial única.

Esta noción de la nación se confrontaba, como puede suponerse, con naciones concebidas a sí mismas a través de la lengua o la etnicidad. El veredicto para estas *naciones* que no superaban el umbral establecido por el *principio de nacionalidad* era unirse a otras de mayor tamaño, sumándose a su acervo cultural pero abandonando cualquier intención política, o simplemente desaparecer arrolladas por las impasibles

---

<sup>24</sup> Gellner, E. *Naciones y Nacionalismo...*: 13.

<sup>25</sup> Smith, A. *Nacionalismo y Modernidad...*: 97-98.

<sup>26</sup> Hobsbawm, E. *Naciones y nacionalismo...*: 40-42.

<sup>27</sup> Vilar, Pierre. «Sobre los fundamentos de las estructuras nacionales», *Historia* 16/ Extra V (1978), citado en Hobsbawm, Eric. *Naciones y nacionalismo...*: 29.

<sup>28</sup> List Friedrich. *The national system of political economy*, 1885, citado en Hobsbawm, Eric. *Naciones y nacionalismo...*: 39.

leyes del progreso. Toda vez que las naciones se concebían como viables, sin embargo, dependían según Hobsbawm de tres factores que garantizaban su triunfo práctico. El primero de ellos es su asociación histórica con un Estado que existiera en la actualidad o hubiera existido recientemente. Otro factor podía ser la pertenencia a una élite cultural que compartiera una lengua vernácula literaria y administrativa *nacional* y escrita. Por último, y no sin cierto pesar, el autor admite que la capacidad de conquista de una nación la hacía más proclive a triunfar en la búsqueda de un Estado nacional<sup>29</sup>.

Como ya hemos visto, la definición de Gellner considera el nacionalismo un principio político que legitima las estructuras de gobierno del Estado. Para Gellner, el nacionalismo y el Estado moderno están estrictamente vinculados y, a continuación nos explica que existen tres tipos de sociedades humanas (preagraria, agraria e industrial) y su relación éste. En una sociedad preagraria de cazadores recolectores, defiende, no existe una división del trabajo que requiera en ningún caso la existencia de un Estado. “En cambio, en la era postagraria, industrial, vuelve a no haber opción; pero en este caso es la presencia, no la ausencia, del estado lo que es ineludible. Las sociedades industriales son extraordinariamente grandes y, para tener el nivel de vida al que se han habituado (o desean habituarse fervientemente), dependen de una división general del trabajo y la cooperación increíblemente compleja”<sup>30</sup>.

Quizá para no verse empujado a una posición que iguale el surgimiento del Estado al nacionalismo, Gellner añade dos matices a su definición de la nación: “1. Dos hombres son de la misma nación si y sólo si comparten la misma cultura, entendiendo por cultura un sistema de ideas y signos, de asociaciones y de pautas de conducta y comunicación. 2. Dos hombres son de la misma nación si y sólo si se reconocen como pertenecientes a la misma nación”<sup>31</sup>. Las dos variantes (la cultural y la voluntarista) no hacen sino intentar dar respuesta a la problemática sobre la nación que hemos discutido al comienzo de este epígrafe y es, especialmente para el segundo punto, muy superficial en el análisis de Gellner. La cuestión cultural, entendida como el paso de lo que él llama culturas *salvajes* a culturas *avanzadas*, se haya por el contrario en la base teórica de su *Naciones y Nacionalismo*.

---

<sup>29</sup> Hobsbawm, Eric. *Naciones y nacionalismo...*: 47.

<sup>30</sup> Gellner, Ernest. *Naciones y Nacionalismo...*:18.

<sup>31</sup> *Ibíd.* : 20.

La segunda definición de la *nación* que vamos a analizar es la de otro gran exponente de la teoría modernista, Benedict Anderson, con gran impacto en la comunidad científica. En su obra *Comunidades Imaginadas*, publicada en 1983, el autor parte de la base de que comparar el nacionalismo con ideologías como el fascismo o el liberalismo es un error, ya que se haya más cercano a categorías como las de “parentesco” o “religión”. La definición de Anderson de lo que es una *nación* es formulada así: “[una nación es] una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana”<sup>32</sup>. Como bien recogería el fantástico análisis de Anthony D. Smith en su *Nacionalismo y Modernidad*:

Anderson aclara que la nación es imaginada porque sus miembros nunca se encontrarán, sabrán y oirán nada de la mayoría de los otros miembros y aun así “en la mente de cada uno está presente la imagen de su comunión”. Admite que todas las comunidades mayores a un pueblo donde no exista un contacto cotidiano cara a cara son imaginadas, de modo que lo que distingue a la nación es la *forma* en la que es imaginada. Es decir, se la imagina limitada, aunque sus fronteras sean flexibles y, por lo tanto, como una más en un comité de naciones. Se la imagina soberana porque, en una era de Ilustración y Revolución, las naciones aspiran a ser libres lo que implica erigirse en Estado soberano. Se la imagina como una comunidad porque “la nación siempre es concebida en términos de profunda camaradería horizontal”. (Smith, *Nacionalismo y Modernidad*: 239-240).

Tanto esta definición como la relación anterior con categorías como la religión sirven a Anderson como punto de partida teórico para su análisis de por qué se desarrolla un vínculo tan afectivo entre la *nación* y aquellos que la componen. Para Anderson la *nación* es tan solo una respuesta a dos fatalidades intrínsecas a la existencia humana, véase, la muerte y la diversidad de las lenguas.

La primera de ellas amenaza a los individuos con el olvido. ¿Qué queda de nosotros después de la muerte? ¿Qué consuelo que nos muestre que nuestra vida no ha sido inútil? Que la nación eterna vive, que continúa en su viaje eterno, relacionando a los que fueron con los que serán, pero siempre manteniendo la memoria de aquellos que se sacrificaron por ella. Anderson presta especial atención a la existencia, por ejemplo, de

---

<sup>32</sup> Anderson, B. *Comunidades imaginadas...*: 23.

tumbas a los soldados desconocidos, monumentos que simbolizan la eternidad de la nación y la continuidad entre sus miembros. Es por esta razón que el nacionalismo no puede entrar en la misma categoría que otras ideologías políticas, sino con “aquellos sistemas culturales que le precedieron, de donde surgió por oposición”<sup>33</sup>.

La otra gran fatalidad es la existencia de lenguas y la imposibilidad de acabar con esta diversidad y unir a toda la humanidad en una unidad lingüística. No existen, tal como defienden algunos nacionalistas, lenguas eternas *concretas* que se retrotraigan a los orígenes de la humanidad, pero no por ello es menos cierto que la diversidad general es un hecho. Sin embargo, Anderson afirma que esta fatalidad no fue políticamente relevante hasta que la irrupción del capitalismo impreso y de las ediciones en lengua vernácula permitió la creación de grandes grupos de lectores monolingües que sirvieron como base para *imaginar* la nación. Estas comunidades estaban limitadas espacialmente y raramente coincidían con las fronteras de los imperios dinásticos anteriores. No obstante, matiza, “la formación concreta de Estados nacionales contemporáneos no es en modo alguno isomorfa con el alcance determinado de lenguas impresas particulares”<sup>34</sup>.

Del mismo modo, Anderson recoge la idea de que la *nación* solo fue imaginada toda vez que se dio un cambio en la forma en la que los seres humanos experimentaban el mundo a su alrededor, especialmente en la forma en la que concebían el paso del tiempo<sup>35</sup>. Según este autor, el mundo pre-moderno era un mundo en el que la representación de la realidad imaginada era fundamentalmente visual y auditiva. La forma en que se concebía el paso del tiempo y la relación entre dos sucesos diferenciados no era una red causal, si no que se hacía a través de la Divina Providencia. Para ejemplificar este punto, Anderson nos remite al caso del sacrificio de Isaac y a la crucifixión de Cristo. Desde un punto de vista actual, la relación histórica entre ambos es prácticamente nula, pero para los hombres que vivían en épocas pre-modernas ambos podían estar relacionados en la mente de Dios, y como tal eran narrados. El sacrificio de Isaac era una promesa que se cumpliría con el paso de los siglos con el sacrificio de Cristo. De esta forma tan ajena a nuestra forma actual de concebir la historia, todos los sucesos eran *simultáneos* en la mente de Dios, en tanto que todos los futuros, presentes y pasados posibles ya estaban concebidos dentro de su mente. Sin embargo, a lo largo de los siglos

---

<sup>33</sup> *Ibíd.*: 30.

<sup>34</sup> *Ibíd.*: 75-76.

<sup>35</sup> *Ibíd.*:44-46.

esta concepción fue debilitándose con la llegada de la modernidad, pasándose de una concepción histórica basada en la simultaneidad y la prefiguración-realización a otra de *tiempo vacío*, esto es, una en la que la coincidencia temporal, mensurada por el reloj y el calendario, marcaban la relación entre dos sucesos<sup>36</sup>.

Este cambio en la aprehensión del tiempo es fundamental en la concepción de las naciones según Anderson, ya que hace posible que la *nación* se imagine gracias al desarrollo del *capitalismo impreso* y a las dos formas fundamentales de literatura impresa que se dieron durante el siglo XVIII: la novela y el periódico. En primer lugar, la novela, permite al lector omnisciente observar las relaciones de varios personajes y sucesos que solo se relacionan en tanto que suceden “mientras tanto”, aunque sus actores puedan permanecer inconscientes los unos de los otros. Este hecho, prosigue, prefigura “la idea de un organismo sociológico que se mueve periódicamente a través del tiempo homogéneo, vacío [...] un ejemplo preciso de la idea de nación”<sup>37</sup>. En cuanto al periódico, Anderson cree que es aún más emblemático el cambio en la aprehensión temporal. El autor se pregunta, ¿cuál es la relación entre todos los sucesos que aparecen contenidos en un periódico? La correlación causal o incluso lateral entre la mayoría de ellos no existe, sino que su aparición se debe únicamente a haber ocurrido en un lapso de tiempo determinado y suponiendo que este hecho, por sí solo, ya los relaciona entre sí de alguna manera. Esta “arbitrariedad de su inclusión y yuxtaposición [...] revela que la conexión existente entre ellos es *imaginada*”<sup>38</sup>. Además de su contenido, el hecho de que el libro (o el periódico) haya sido la primera mercancía producida de forma moderna supone también que cada lector sepa que miles de otras personas que, como él, están interesadas en las noticias contenidas en esa publicación y leen el mismo boletín en ese preciso momento. Los lectores crean entonces una *comunidad imaginada*, que se refuerza con la lectura diaria de determinada prensa (quizá la que publica noticias que atañen a un determinado territorio), y que prefiguraría una de las características esenciales de las *naciones modernas*<sup>39</sup>.

Como se ha podido observar en este epígrafe, la *nación* es un concepto esquivo para los historiadores. Si bien podemos encontrar entre ellos puntos básicos en común, no es por ello menos cierto, como hemos visto, que las visiones concretas acerca de la

---

<sup>36</sup> *Ibíd.*: 46.

<sup>37</sup> *Ibíd.*: 48.

<sup>38</sup> *Ibíd.*: 57. (*Las cursivas son mías*).

<sup>39</sup> *Ibíd.*: 58-61.

interpretación de la *nación* difieren en nociones no menos fundamentales. Los esfuerzos de los teóricos modernistas se han centrado en salvar las paradojas evidentes entre los discursos de los movimientos nacionales y lo que ellos consideran como una realidad histórica surgida de la modernidad. En el próximo punto trataré de realizar un breve repaso de los factores aducidos por estos autores para explicar el porqué de la aparición del nacionalismo como fuerza política en los albores de la modernidad y las condiciones históricas que facilitaron su surgimiento.

### **3. Los antecedentes de la nación desde el análisis de los teóricos modernistas**

La nación no existe antes de la época moderna. Ese es el axioma fundamental de la escuela modernista: no se trata de explorar casos concretos, sino que, como bien explicaba un historiador crítico con las ideas de Liah Greenfeld de que en Inglaterra existía el nacionalismo en el siglo XVI, “buscar la nación en tiempos tan alejados de la contemporaneidad es un esfuerzo tan inútil como preguntarse cuántas horas pasaba Carlomagno de su tiempo libre conectado a Internet”<sup>40</sup>. Con idéntica finalidad se manifestaba Breuilly al comentar pasajes de Dante o Shakespeare y argumentar que, sin una verdadera vocación política, la identificación dista mucho de ser nacionalista<sup>41</sup>.

No obstante, los teóricos modernistas, a pesar de que siempre defienden la modernidad de la nación, sí han señalado algunos factores como prenacionales en el sentido de que avanzaban algún tipo de rasgo característico de la futura nacionalidad o constituían parte del material que definiría a ésta. Este epígrafe está dedicado a analizarlos.

#### **3.1. La lengua**

Uno de los elementos más apelados por los movimientos nacionalistas para legitimarse han sido las lenguas, considerándolas las fronteras más evidentes entre nacionalidades o naciones en potencia. Es importante señalar que, en la época anterior a la Revolución y al Estado moderno, cada comunidad humana poseía sus propios dialectos orales que eran, al menos en cierta medida, ininteligibles para aquellos ajenos a dicha

---

<sup>40</sup> Ludger, M. “Modernización, cultura y nacionalismo”...:141.

<sup>41</sup> Breuilly, J. *Nacionalismo y Estado*...: 14-16.

comunidad. Los únicos lenguajes de alcance *nacional* eran aquellos que no se hablaban y no eran alterados por el contacto oral, esto es, los idiomas literarios o administrativos *tal y como se escribían*. Estas lenguas escritas y administrativas, como sería el caso del latín en la Europa moderna, solían relacionarse fuertemente con algunas instituciones o ámbitos determinados, como la Iglesia o el Estado. Este acceso limitado a la lectura por parte de ciertos grupos daba a los lenguajes escritos un carácter *arcano* que los vinculaba intrínsecamente con *verdades reveladas* como la Biblia o el Corán. De ahí la problemática en tanto a la producción de traducciones en lengua vernácula de estos textos.

Que cada comunidad humana *hablase* una lengua diferenciada y pudiera *leer* (en el caso de las personas alfabetizadas) en otra, fue de enorme importancia con la llegada del capitalismo y la invención de la imprenta. Si bien las primeras ediciones producidas fueron emitidas en latín, una lengua franca compartida por las élites cultivadas europeas, la lógica del capitalismo no dejaba lugar a dudas: un mercado potencial enorme se abría a quien produjera ediciones en lenguas vernáculas para los grupos en la base de la población. La producción en este tipo de lenguas requirió de condiciones previas, como la transformación de un dialecto *oral* en la lengua vernácula *escrita* por gramáticos y lexicógrafos o la expansión de una clase media burocrática y alfabetizada en lenguas vernáculas. Estas elecciones, si bien a menudo inconscientes, significaron que la lengua oficial de los centros políticos llegara incluso a convertirse en la lengua *nacional*, con connotaciones políticas claras<sup>42</sup>. Estos grandes grupos monolingües compuestos por burócratas, terratenientes menores, académicos, profesionales y comerciantes y ampliados a medida que aumentaba la alfabetización, cuya única característica común era ser capaces de leer en una lengua vernácula común, crearon una comunidad por debajo del latín, universal para toda Europa, y por encima de las lenguas locales *habladas*. Estas lenguas serían más tarde extendidas por la educación primaria y convertidas en iconos de los Estados *nacionales*. Encontraríamos aquí uno de los embriones de la nación *imaginada*.

Según este discurso, explicado por su autor, Benedict Anderson, con mucho más detalle en su libro *Comunidades Imaginadas*, las lenguas forman la base desde la que puede concebirse una comunidad como la nación. La lengua separa comunidades lectoras incapaces de entenderse entre sí y une a personas cuyo único lazo es dicha capacidad. De

---

<sup>42</sup> Anderson, B. *Comunidades imaginadas...*: 117.

un modo más concreto, el paso de una lengua privilegiada por la liturgia y depositaria de la verdad revelada, como el latín eclesiástico en la Europa moderna, a una paridad de ésta con las lenguas vernáculas gracias al capitalismo impreso marcaría uno de los hitos fundamentales en la creación del nacionalismo.

Otra visión diferente es la de Ernest Gellner, que en *Naciones y Nacionalismo* prefirió referirse a *culturas* en lugar de a lenguajes al hablar de antecedentes del nacionalismo. Según Gellner, si todas las lenguas, que él estima en 8.000, fueran capaces de crear naciones, ¿cómo explicar que tan solo existan unos 800 movimientos (estatales o no) con reclamaciones de este tipo en el planeta? El autor defiende que este cálculo simple, que establece *grosso modo* que tan solo un 10% de las naciones potenciales se realiza efectivamente, sirve como respaldo a la teoría de que la lengua, por sí misma, no es un antecedente del nacionalismo<sup>43</sup>. Por otro lado, como veremos en el siguiente apartado, la lengua atraviesa según Gellner un proceso por el que se transforma de una lengua vernácula oral a una lengua escrita desarrollada y adecuada para los intereses del Estado. Esta formulación encuentra cierto eco en la teoría de Anderson y demostraría, pese a lo dicho, que una lengua vernácula puede ser un factor clave en el desarrollo del nacionalismo. Sin embargo, esta lengua atravesaría tantos cambios que el resultado apenas se parecería a la lengua vernácula anterior. Desde el prisma de Gellner, cualquier lengua vernácula hubiera valido como base para este proceso, ya que la propia naturaleza del nacionalismo reside en “que se haga revivir lenguas muertas, que se inventen tradiciones y que se restauren esencias originales completamente ficticias”<sup>44</sup>.

El análisis de John Breuilly, por su parte, parece fortalecer una visión de que la *creación* de estas lenguas nacionales se dio más como forma de afirmar la unicidad de la cultura de cada sociedad en contra de las ideas universales de racionalización que como un impulso puramente empresarial. Este impulso correría en paralelo a las corrientes historicistas que trataban de recuperar el *espíritu* de la nación y librarla de las supuestas contaminaciones e injerencias extranjeras<sup>45</sup>. Pero el teórico modernista que más atención ha prestado a lo que él denomina el carácter *protonacional* de la lengua haya sido Eric Hobsbawm.

---

<sup>43</sup> Gellner, E. *Naciones y Nacionalismo...*: 69-71

<sup>44</sup> *Ibid.*: 80.

<sup>45</sup> Breuilly, J. *Nacionalismo y Estado...*: 359

[...]¿Acaso la ignorancia de la lengua de otro grupo no constituye la barrera más obvia que impide comunicarse y, por ende, la definidora más obvia de las líneas que separan a los grupos: de tal modo que crear o hablar una jerga especial continúa sirviendo para señalar a las personas como miembros de una subcultura que desea separarse de otras subculturas o de la comunidad en general? (Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*: 60).

Sin embargo, tal y como bien refiere a continuación, la cuestión no es si personas que hablan la misma lengua son capaces de reconocer a otros grupos que también lo hacen como hablantes de su lengua y a gentes que no lo hacen como hablantes de otra. El *quid* reside en “si se cree que tales barreras lingüísticas separan a entidades que pueden considerarse como *nacionalidades o naciones en potencia [las cursivas son mías]* y no sólo grupos que casualmente tienen dificultad para entenderse mutuamente”.

Defiende Hobsbawm que en el período anterior al surgimiento de una educación primaria era imposible que existiera ninguna lengua nacional. Todas las lenguas vernáculas estaban limitadas a un territorio muy limitado y eran en su mayoría ininteligibles para los extranjeros. Las únicas lenguas capaces de tener un verdadero alcance *nacional* eran aquellas lenguas literarias y francas que servían para relacionar oyentes y lectores de zonas más amplias<sup>46</sup>. Obviamente, la comunicación potencial era mucho mayor entre élites que conocieran estas lenguas francas que entre el campesinado confinado a los alrededores de su aldea, si bien en todos los casos “la *lengua materna* [...], esto es, la lengua que los niños aprendían de sus madres analfabetas y hablaban en la vida cotidiana ciertamente no era, en ningún sentido, una *lengua nacional*”. Así, la identificación entre una lengua y la posterior *nación* es compleja, excepto en algunos lugares en los que el uso compartido de una lengua o una red de lenguas emparentadas distinguiese a sus usuarios de otras lenguas vecinas, como en el caso de la lengua magiar. No obstante, la posición general que Hobsbawm argumenta es que la lengua nacional es siempre, en un porcentaje significativo, una creación artificial y cuya única relación con las lenguas vernáculas es la elección del dialecto que se usará como base<sup>47</sup>. La elección de uno de estos dialectos puede hacerse, y se ha hecho a menudo, en base a criterios

---

<sup>46</sup> Hobsbawm, E. *Naciones y nacionalismo...*: 61

<sup>47</sup> *Ibíd.*: 62-63

políticos, como al elegir la lengua estatal administrativa o al favorecer ciertas variantes compartidas por otros grupos culturales con los que se quiere ser unificado.

Pese a que Hobsbawm no niega que las lenguas formen parte de la realidad de la vida cotidiana de los pueblos (como en el caso de los germanos que llaman *galeses* a todos los pueblos romances del oeste y el sur), estaba bien claro para ellos que las fronteras entre estos grupos lingüísticos y las fronteras políticas rara vez coincidían. ¿Y por qué habrían de hacerlo? En zonas en las que no se habla más que una lengua, ¿qué puede empujar a una identidad común en algo tan obvio como tener dos ojos o una nariz? Y en otros lugares en los que existía una multiplicidad de lenguas distintas, ¿no es acaso la identificación con una sola de ellas una decisión que puede considerarse arbitraria? “Así, excepto para los gobernantes y los alfabetizados, difícilmente podía ser la lengua un criterio de condición de nación, e incluso para éstos era necesario escoger una lengua vernácula nacional (en una forma literaria estandarizada) por encima de las lenguas más prestigiosas, santas o clásicas o ambas cosas, que eran, para la reducida élite, un medio perfectamente utilizable de comunicación administrativa o intelectual, debate público o incluso [...] de composición literaria”<sup>48</sup>.

Concluye Hobsbawm resumiendo que “la lengua hablada por el *Volk* no era un elemento central en la formación del protonacionalismo ~~directamente~~, aunque no era completamente ajena a ella”<sup>49</sup>. En algunos casos concretos, la lengua pudo haber constituido una verdadera cuña de identidad en sociedades cuya diferencia fundamental con sus vecinas era esa. En otros casos, por el contrario, las identificaciones podían ser religiosas, políticas o de otro tipo. Sin embargo, la mitología nacionalista convertiría más tarde a las lenguas en las auténticas antecedentes del movimiento nacional, alabando su eternidad y concibiéndolas como las principales proveedoras de cohesión para la *nación*. Es sin embargo claro que para los autores tratados en este epígrafe, la idea de la lengua como un ente invariable y que por sí solo dota de conciencia de grupo está lejos de ser indiscutible.

---

<sup>48</sup> *Ibíd.*: 65

<sup>49</sup> *Ibíd.* 68

### 3.2. La etnia

Otro término recurrente dentro de muchos lenguajes nacionalistas es el de la etnicidad, entendida bien en términos biológicos o bien culturales. Tal y como la definía Hobsbawm, “en su uso corriente, casi siempre está relacionada de alguna forma no especificada con el origen y la descendencia comunes, de los que se derivan las características comunes de los miembros de un grupo étnico”<sup>50</sup>. Podemos apreciar en esta definición ciertas reservas hacia la reclamación de que la etnicidad es la base de características comunes en un grupo y es que, en general, los teóricos modernistas han tendido a reducir la importancia de la etnicidad a un factor marginal que tan solo es significativo en algunos casos concretos. Gellner, por ejemplo, al referirse al proceso en el que una sociedad industrial consigue diluir las sociedades primarias anteriores y homogeneizar a la población, marcaba una distinción entre rasgos *entropifugos*, esto es, aquellos que no tienden a extenderse de forma uniforme entre la población ni tan siquiera después del paso a una sociedad industrial (como por ejemplo el color de la piel) y los rasgos *entrópicos*, que sí lo hacen<sup>51</sup>. Estas diferencias podían hacer, efectivamente, que los miembros de un grupo fueran efectivamente categorizados de forma distinta que el resto de la población y, en definitiva, quizá incluso de crear una conciencia grupal propia que derivase en su propio nacionalismo.

A pesar de estar de acuerdo en este punto, Hobsbawm disminuye la importancia de estos casos, que él considera marginales, y constata la ineficacia de tratar la etnicidad desde un punto de vista biológico, en tanto en cuanto “la base crucial de un grupo étnico como forma de organización social es cultural en lugar de biológica”<sup>52</sup>. ¿Y por qué esta distinción? Fuera de duda queda que la composición étnica de las poblaciones de los grandes estados territoriales (con algunas marcadas excepciones como China, Corea o Japón) es lo suficientemente heterogénea como para resistir cualquier generalización. El hecho de que los franceses contemporáneos se consideren descendientes étnicos de los pobladores galos prerromanos no puede menos que alertar a un investigador serio. Hobsbawm no va tan lejos, sin embargo, como para negar el papel de la etnicidad de algunos grupos, como los magiares, que pueden considerarse étnicamente distintos de sus

---

<sup>50</sup> *Ibíd.*: 71

<sup>51</sup> Gellner, E. *Naciones y Nacionalismo...*: 89-116.

<sup>52</sup> Hobsbawm, E. *Naciones y nacionalismo...*: 72

vecinos más cercanos y desarrollar algún tipo de vínculo basado en la etnicidad; no obstante, este tipo de identificación es considerada marginal<sup>53</sup>.

La etnicidad *cultural* a la que se refería Hobsbawm, es, según su explicación, un antecedente de las naciones en muchos aspectos. Esta etnicidad une poblaciones política y territorialmente dispersas y crea fuertes lazos culturales que mantienen una sensación identitaria fuerte. Este sería el caso, cita el autor, de los griegos descritos por Heródoto, de los kurdos, los judíos e incluso los vascos, entre tantos otros<sup>54</sup>. No obstante, estas poblaciones unidas culturalmente (otros autores dirían *imaginadas*) entre sí no son antecedentes directos de las naciones; es más, históricamente, los grupos con vínculos de este tipo han sido menos proclives a someterse al Estado moderno, pero la identidad cultural compartida a lo largo de grandes extensiones espaciales no es, según Hobsbawm, totalmente ajena al nacionalismo moderno<sup>55</sup>.

Otro aspecto de la etnicidad que no ha escapado a los teóricos es la discutida relación entre racismo y nacionalismo. Como hemos visto, Gellner ha señalado que la existencia de rasgos *entropífugos*, como el color de la piel, puede ser un diferenciador social ineludible incluso en sociedades industriales con gran capacidad de absorción. Estos grupos podrían, incluso, desarrollar su propia conciencia nacional a partir de esta distinción. Desde este punto de vista, la relación entre nacionalismo y racismo puede ser fuerte, incluso determinista en muchos casos, pero esta dista de ser la única visión sobre el asunto. Benedict Anderson dedicó un capítulo entero a tratar este tema. Comenzaba distinguiendo en la forma en la que ambos fenómenos se conciben a sí mismos y escribía

El hecho es que el nacionalismo piensa en términos de los destinos históricos, mientras que el racismo sueña con contaminaciones eternas, transmitidas desde el principio de los tiempos mediante una sucesión de cópulas asquerosas: fuera de la historia. Los negros son, gracias al sambenito invisible, negros para siempre; los judíos, la descendencia de Abraham, son judíos para siempre, cualesquiera que sean los pasaportes que lleven o las lenguas que hablen y lean. (Anderson, *Comunidades imaginadas*: 210)

---

<sup>53</sup> *Ibíd.*: 72-73

<sup>54</sup> *Ibíd.* : 73

<sup>55</sup> *Ibíd.* : 74-76

¿Cómo, entonces, se explica la vinculación de ambas ideas? Si ambas nociones se conciben de formas distintas y no son, por tanto, equivalentes, ¿cómo explicar la igualación entre racismo y dominación europea en muchos territorios? La respuesta de Anderson es doble. En primer lugar, el nacionalismo oficial surgido como reacción por parte de los grupos dinásticos utilizó el racismo colonial como forma de apuntalar su propia posición en la metrópoli. De este modo, la superioridad de un europeo sobre un africano era innata, por mucho que en la metrópoli se mantuvieran las distinciones entre los poderosos y el resto: en la colonia, su autoridad venía dada por su condición racial. En segundo lugar, el imperio colonial permitía que algunos europeos “se comportaran como aristócratas fuera de la corte central”<sup>56</sup>. Incluso lo que Anderson llama la “solidaridad interestatal entre los blancos” puede concebirse como eminentemente clasista. De este modo, el racismo, lejos de ser una noción de corte *nacional*, estaría relacionado estrechamente con concepciones aristocráticas de la sociedad.

Hobsbawm no ha sido tan tajante al negar que la conexión entre ambos conceptos; considera que la diferenciación física ha tenido un papel obvio a la hora de crear o mantener distinciones entre grupos, incluidos los grupos *nacionales*. A propósito de este tema realiza tres observaciones interesantes. La primera es que, antes de lo que él llama la era del nacionalismo, lo más probable es que estas distinciones raciales sirviesen más como marcadores de horizontales, esto es, de clase o casta, que como separadores verticales de estilo *nacional*. Esta idea se relaciona con lo expuesto por Anderson en el párrafo anterior. En segundo lugar, que este tipo de etnicidad es más frecuentemente aplicada a grupos ajenos que al nuestro propio. Y, por último, que este tipo de etnicidad es “virtualmente siempre ajena al protonacionalismo”. A este respecto sería destacable marcar la atención sobre los casos de los movimientos panindios en América del Sur o panafricanos en el África subsahariana que en pocos casos han prestado especial atención a la etnicidad y al nacionalismo.

### 3.3. La religión

Si es cierto que existen naciones que se identifican con una lengua o una etnicidad, no es por eso menos cierto (y más en las últimas décadas) que la religión es un aglutinante

---

<sup>56</sup> *Ibíd.*: 212

formidable de identidades dispersas. La relación entre religión y nacionalismo es evidente en casos como Polonia o Irlanda, pero sigue siendo complejo el explicar las formas de su interacción o explicar si la una sirve de antecedente a la otra. Para autores como Benedict Anderson, la religión es un contexto. No puede considerarse precursora de la *nación*, pero provee de un escenario sobre el que desarrollar el drama nacionalista. En este sentido aparece el término *comunidad religiosa* en su *Comunidades imaginadas*: como comunidades unidas por la capacidad de leer en una lengua sagrada y con un alcance universal. Desde este punto de vista, la admisión de un grupo a esta comunidad vendría dada por la aceptación de la lengua sagrada y de las verdades vinculadas a ella. Como bien sentenciaba el autor: “el civilizado a medias es mucho mejor que el bárbaro”<sup>57</sup>. Sin embargo, la relación fundamental que establece entre la religión y el nacionalismo tiene que ver con el “desvanecimiento de su *coherencia inconsciente* a partir de finales de la Edad Media”<sup>58</sup>. Las causas de este fenómeno (el relativismo de las creencias surgido por los nuevos descubrimientos geográficos y la degradación de la lengua sagrada) crean un mundo en el que es posible comenzar a imaginar una comunidad territorialmente limitada como es la *nación*. Estos fenómenos, que derivarían en procesos como la Reforma protestante o el auge del capitalismo impreso en lengua vernácula, se encuentran, pues, en la génesis de la idea de la *nación*, pese a que su relación con ella sea meramente contextual.

Diferente papel es el que asigna John Breuilly a la religión en *Nacionalismo y Estado*<sup>59</sup>. El desarrollo del Estado moderno habría cambiado de forma drástica las relaciones entre la Iglesia y el Estado a principios de la Edad Moderna, dando lugar a regalías (especialmente en Europa occidental) que reducían la autonomía de la Iglesia. Este “ataque” sobre el poder de Roma pudo leerse entonces de una forma que vinculaba estrechamente religión, monarquía y *nación*. La clave de este proceso no se haría evidente hasta la época de las Reformas protestantes.

[...] Esta más estrecha conexión entre religión y política también se reflejó en una oposición contra la monarquía. Si el monarca afirmaba ser el dirigente de la Iglesia, tenía capacidad para calificar un desafío político como herejía, y considerar una disputa sobre doctrina religiosa en términos de rebelión. Pero, a su vez, eso también pudo acercar a los

---

<sup>57</sup> *Ibíd.*: 32

<sup>58</sup> *Ibíd.*: 35

<sup>59</sup> Breuilly, J. *Nacionalismo y Estado* (trad. José M. Pomares). Ed. Pomares-Corredor. Barcelona, 1990.

representantes de estas clases diferentes de desafío. Los herejes o los sectarios vieron al Estado como un instrumento para el cambio religioso. (Breuilly, *Nacionalismo y Estado*: 54)

Desde un punto de vista como este, la defensa de la religión podía amparar el acto de rebelión, como en el caso de los hugonotes en Francia. En cuanto a la relación entre el surgimiento de estas ideas y los movimientos nacionales posteriores, Breuilly afirma rotundamente: “en ambos casos, un movimiento con claros objetivos políticos, dirigido por elementos de la clase política establecida, tiene un credo capaz de lograr el apoyo de la clase popular y unificar a una amplia variedad de grupos”<sup>60</sup>. De este modo, tanto la religión como la ideología *nacional* son capaces de crear frentes de presión amplios y transversales que surgen con el objetivo de tomar el control del Estado para beneficiar a su comunidad y como alternativa directa y consciente a éste. No obstante, Breuilly también matiza que no debemos entender estos movimientos religioso-políticos como *nacionales*, dado que el nacionalismo es, primordialmente, una ideología política que se basa en derechos e identidades antes que en creencias.

Por último, Eric Hobsbawm ha señalado la competición que existe a menudo entre una religión de alcance universal y un nacionalismo de alcance limitado a la hora de repartirse la influencia sobre sus respectivas comunidades<sup>61</sup>. Aunque puede que, en zonas en que un grupo con una religión diferente esté aislado de correligionarios, un grupo desarrolle una identidad *protonacional*, estos casos son escasos. Por otra parte, tal y como avanzaron Gellner y Anderson, la aceptación de una religión y una lengua sagrada a menudo pueden separar a comunidades étnico-lingüísticas similares, como en el caso de los croatas y los serbios. Sin embargo, si las religiones universales *en general* no funcionan como creadoras de identidades que puedan relacionarse con la *nación* posterior, dicho nicho puede llenarse de forma efectiva con los símbolos, rituales y celebraciones religiosas particulares. Estas prácticas son capaces de dar “una realidad palpable a una comunidad por lo demás imaginada”<sup>62</sup>, a pesar de que muchos de ellos no son adecuados para crear una identidad limitada que posteriormente pueda relacionarse con una *nación*. Ese sería el caso de símbolos universales como por ejemplo la Virgen María o San Pedro, pero no el de las numerosas advocaciones locales de dichos símbolos.

---

<sup>60</sup> *Ibíd.*: 56

<sup>61</sup> Hobsbawm, E. *Naciones y nacionalismo...*: 76-77

<sup>62</sup> *Ibíd.*: 80

Sin embargo, las advocaciones son tan numerosas que cualquier intento de identificarse daría lugar a un reino de taifas de grupos diferentes. Esta es la razón por la que Hobsbawm nos aclara que, desde un punto de vista de la futura *nación*, los símbolos que realizan la función de dotar de identidad al grupo son aquellos que están vinculados con el Estado, especialmente aquellos monarcas que son las cabezas de sus Iglesias o gobernantes por derecho divino<sup>63</sup>. Esta noción nos lleva a analizar el último de los grandes factores considerados como antecedentes de la nación, la vinculación de un grupo definido como tal con un reino dinástico o una *nación histórica*.

#### 3.4. La historia. De reino dinástico a *nación histórica*

Ya me he referido con anterioridad, al definir la nación, al *principio de nacionalidad*. Según éste, las naciones se concibieron durante la época liberal como viables siempre que cumplieran ciertos requisitos entre los que estaban una cierta capacidad económica o la pertenencia a un estado histórico reconocible. Este es el punto de vista de Hobsbawm en su análisis sobre el tema<sup>64</sup>. Este epígrafe se centrará en analizar la relación establecida por los autores modernistas entre antiguos reinos dinásticos y *naciones históricas*.

El primero de estos fenómenos, el reino dinástico, ha recibido especial atención por Benedict Anderson, quien lo definía como un sistema que “se opone a todas las concepciones modernas de la vida política”<sup>65</sup>. De este modo, y en primer lugar, el reino se concibe como un centro, privilegiado por la divinidad, desde el que se irradia una cierta influencia hasta que es tan tenue que se desvanece. Una idea totalmente contraria a la de los modernos Estados cuya soberanía se ejerce con la misma fuerza en cada centímetro del espacio comprendido entre sus fronteras. En segundo lugar, la forma de creación de estos reinos estaba alejada de modo fundamental de la de los modernos Estados nacionales: donde estos son la expresión de un *pueblo* o una *nación*, los primeros no son más que la suma de una política de anexiones bien por la vía militar o por la vía matrimonial. No puede más que añadirse también que esto dio lugar a monarquías étnicamente distintas de los pueblos que gobernaban y que, sin embargo, en lugar de ser

---

<sup>63</sup> *Ibíd.*: 81

<sup>64</sup>

<sup>65</sup> Anderson, B. *Comunidades imaginadas...*: 39

vistas como extranjeras por sus súbditos, recibían por ello un cierto prestigio. Sin embargo, tal y como hemos explicado en el apartado sobre la comunidad religiosa, Anderson establece que la relación entre estos Estados dinásticos y los posteriores movimientos nacionales es puramente contextual. La legitimidad de la monarquía sagrada en Europa occidental comenzó a deshacerse paulatinamente, especialmente por influencia de las ideas ilustradas y por los episodios traumáticos en este aspecto de las revoluciones inglesas y francesa, y se comenzó un proceso de estandarización de la monarquía. El vacío dejado por estas concepciones hizo que la búsqueda de un nuevo punto de apoyo para el sistema fuera absolutamente indispensable, por lo que muchas dinastías apostaron por el creciente auge del movimiento *nacional*<sup>66</sup>.

Otro enfoque lo encontramos en Hobsbawm, que defendía que la capacidad de reconocer a la *nación* como heredera de una entidad política duradera era, seguramente, el más importante de los factores creadores de protonacionalismo<sup>67</sup>. Su argumentación comienza, sin embargo, con algunas advertencias previas. En primer lugar, Hobsbawm no considera que lo que la historiografía nacionalista posterior consideró como vocabulario relacionado con la nación en las fuentes antiguas fuera, en caso de hacer referencia a una comunidad de este tipo, aplicable más que a una ínfima parte de la población correspondiente a ciertas élites privilegiadas. No obstante, advierte que

[...] Este “nacionalismo de la nobleza” sin duda puede considerarse protonacional, por cuanto “los tres elementos *natio*, *fidelitas* y *communitas* políticas, es decir, las categorías de “fidelidad”, “lealtad” política y “comunidad política” estaban... ya unidas en la conciencia sociopolítica y las emociones de un grupo dentro de la sociedad.  
(Hobsbawm, *Naciones y Nacionalismo desde 1780*: 82)

Este tipo de comunidades serían naciones de tipo político, parecidas a las que Breuilly reclama para los casos de las revoluciones modernas de Inglaterra y Francia, en lugar de relacionarse con posteriores nacionalismos culturales decimonónicos. Comprendería ejemplos como los de las noblezas magiares en Hungría o el caso polaco, y pueden en cierto sentido considerarse antecedentes directos de movimientos nacionalistas en estos países. Pero es importante comprender que, por importantes que

---

<sup>66</sup> *Ibíd.*: 43

<sup>67</sup> Hobsbawm, E. *Naciones y nacionalismo...*: 81

fueran los vínculos que unían a estos grupos, no eran lo que más tarde se entendería como *nación*.

Del mismo modo, la identificación de estas *naciones históricas* con el total de la población de un país tenía problemas fundamentales en tanto que los campesinos podían tener dificultades en verse como parte de una “comunidad de señores”. No ocurría lo mismo en casos en los que era el gobernante supremo quien quedaba fuera de las luchas partidistas y era visto como un ancla que podía aglutinar los afectos de gran parte de la población. Pero Hobsbawm advierte que este tipo de vinculación ha sido francamente extraña y que, “cuando en la era prenacional encontramos lo que hoy se clasificaría como un movimiento popular autónomo de defensa nacional contra invasores extranjeros [...] su ideología era, al parecer, social y religiosa, pero *no* nacional”<sup>68</sup>. La falta de un apoyo institucional y de una estructura política firme servía para que estos sentimientos *patrióticos* amplios no cruzasen nunca a la esfera política.

Por último, Hobsbawm explica que muchas de las continuidades aparentes entre los estados históricos y los movimientos nacionales posteriores son artificiales y, en algunos casos, son totalmente incoherentes entre sí. El ejemplo más claro de este fenómeno sería el de los patriotas griegos que lucharon contra los turcos, cuya identidad se basaba en la religión y en la pertenencia a la *romaiosyne* mientras que los líderes del nacionalismo griego alfabetizado se inspiraban fundamentalmente en la herencia griega clásica<sup>69</sup>.

### 3.5. Conclusión

Como hemos visto en este epígrafe, la *nación*, a pesar de ser vista por los teóricos modernistas como una creación esencialmente contemporánea, puede relacionarse de diversas maneras y en diversos grados con comunidades identitarias anteriores. He tratado de analizar las más frecuentemente aludidas a este respecto.

La existencia de una comunidad o un sentimiento que antecede en algún aspecto a la *nación* moderna, lo que Hobsbawm denomina *protonacionalismo*, facilita la tarea de los posteriores movimientos nacionales porque les provee de símbolos, rituales y una idea

---

<sup>68</sup> *Ibíd.*: 83

<sup>69</sup> *Ibíd.* : 85

previa de cierto hermanamiento. No es por ello menos cierto que este tipo de identidades no se transforman siempre en nacionalismos y que, incluso, pueden ser totalmente contrarias a las premisas de los movimientos nacionales modernos.

Del mismo modo, la existencia de las *naciones* modernas no se deriva de forma determinista de éstas, por lo que es muy posible encontrar *naciones* en las que los vínculos protonacionales previos a la construcción del movimiento nacional eran totalmente nulos. Solo en fases posteriores, con una administración estatal y con un empuje oficial fuerte, los lazos entre los diversos grupos que componen el Estado pueden ser concebidos como *nacionales*.

No es por ello menos cierto que ciertas ideologías religiosas, advocaciones locales, lenguas particulares o estados territoriales tengan una gran importancia a la hora de crear las bases de las posteriores *naciones*. Sin embargo, creo que en la mayoría de los supuestos analizados, la postura de los teóricos modernistas tiende más a matizar esta supuesta relación que ha sido tan claramente defendida por los paladines de los movimientos nacionales.

Quiero concluir este apartado con una cita de Hobsbawm que me parece que advierte muy bien sobre los peligros de ser excesivamente tajantes en temas como la identificación o los sentimientos patrióticos de lo que él llama el pueblo llano. “Sabemos muy poco sobre lo que ocurrió, o, para el caso, sobre lo que todavía ocurre en el cerebro de la mayoría de los hombres y las mujeres relativamente incapaces de expresarse, y por este motivo no podemos hablar con confianza de lo que piensan y sienten en relación con los estados-nación que reclaman su lealtad. [...] Constantemente nos arriesgamos a dar a las personas notas por unas asignaturas que no han estudiado y por un examen al que no se han presentado”<sup>70</sup>.

#### **4. La aparición de las naciones y los nacionalismos**

En los anteriores epígrafes he intentado dar una breve explicación de los principales problemas a los que se han enfrentado los teóricos modernistas y sus respuestas y aportaciones a las cuestiones de la definición de la *nación* y a las formas en las que se construyen éstas. En este punto me centraré en el modo en el que tales autores

---

<sup>70</sup> *Ibíd.*: 87

han utilizado sus teorías para componer discursos históricos acerca de cuándo se dio por primera vez el fenómeno del nacionalismo y cómo, esto es el porqué de su aparición en un momento y lugar concretos y no en otros. Si bien todos los teóricos modernistas sitúan el surgimiento de la conciencia nacional en torno a los siglos XVIII y XIX, las respuestas a dichos interrogantes varían de forma sustancial de autor en autor. Explicaré a continuación cada teoría por separado, para así comprender mejor la lógica interna de su discurso, y buscar más tarde la posible relación entre ellas si la hubiera. La primera de las teorías que voy a exponer, por su importancia dentro de la escuela modernista, es la de Ernest Gellner. De forma general, Gellner ha descrito el nacionalismo como una manifestación externa de los cambios producidos por la revolución industrial, los cuales subyacerían por debajo de este concepto. Si bien su discurso fue cambiando de forma relativamente sustancial a lo largo de los años, me propongo describir su teoría tal y como la encontramos en su *Naciones y Nacionalismo*.

El punto de partida en Gellner se encuentra en la diferencia entre sociedades agrarias alfabetizadas y sociedades industriales. Como ya he apuntado con anterioridad, para Gellner la sociedad industrial requiere de la existencia de un Estado que controle sus actividades. También defiende que el nacionalismo no surge en sociedades no estatalizadas. Pero, si él mismo afirma que buena parte de las sociedades agrarias desarrollaron un estado, ¿por qué no apareció en ellas el nacionalismo? Para Gellner, las sociedades agrarias alfabetizadas se caracterizaban por una forma particular de transmisión de la cultura. En ellas, las élites eran detentadoras de una cultura escrita propia en contraposición con la oral del resto de la población, lo que las convertía en sociedades marcadamente estratificadas. Este grupo dominante, que podemos concebir como una fina capa horizontal por encima del resto de la sociedad, se sobreponía al grueso del campesinado que se encontraba dividido en comunidades verticales separadas entre sí. Así, la transmisión de la cultura era casi siempre dual: las élites se relacionaban entre sí de forma horizontal, mientras que las propias necesidades de autorreproducción hacían que las comunidades campesinas perpetuasen su cultura de forma vertical, sin contactos con otras comunidades. En definitiva, puede apreciarse rápidamente que en estas sociedades la cultura está ligada al *status*, por lo que la creación de una cultura homogénea e igualitaria para todos sus miembros como el nacionalismo no tiene razón de ser. La

brecha existente entre las élites y el resto de la población debe mantenerse y apuntalarse en lo posible por todos los medios posibles (como por ejemplo la sanción divina)<sup>71</sup>.

Por el contrario, las sociedades industrializadas se ven obligadas al establecimiento de una cultura homogénea de ese tipo. Las necesidades de una sociedad móvil, de condiciones cambiantes, empujan a que los seres humanos sean concebidos como intercambiables. El correcto funcionamiento de la división del trabajo se deriva de la capacidad de los individuos de la sociedad para entenderse entre sí, a pesar de no compartir ningún tipo de relación anterior. Las sociedades modernas son, por esta razón, necesariamente igualitarias en sus ideales, aunque no lo sean siempre en la práctica<sup>72</sup>.

Pero, ¿cómo se provee a toda la sociedad de una cultura homogénea como esta que permita el posterior aprendizaje de tareas especializadas? Es aquí donde aparece el actor principal de la teoría de Gellner: el sistema nacional de educación o, dicho de otro modo, el Estado. Esta institución es la encargada de proporcionar a los ciudadanos una base genérica de alfabetización lingüística y matemática que permita su posterior inserción y adiestramiento especializado. Este tipo de educación no es una cuestión lateral: se encuentra en el corazón mismo de la sociedad, porque es la única que puede garantizar la operatividad del sistema de producción. Al contrario que en las sociedades agrarias, en las que la transmisión y su comunicación se llevaban a cabo de forma contextual, estos sistemas “ofrecen un entrenamiento riguroso en la utilización de mensajes *precisos* y *explícitos*, así como en el uso de significados no contextuales en el lenguaje estándar hablado y escrito”<sup>73</sup>.

Por otro lado, el propio tamaño de este sistema de educación y sus costes hacen que tan solo el Estado pueda hacerse cargo de su mantenimiento. De este modo, el Estado se convierte en el proveedor principal de cultura dentro de la sociedad, creando un vínculo de interrelación inexistente en las sociedades agrarias. Del mismo modo, el sistema nacional de educación establece el límite inferior del tamaño de las naciones, por debajo del cual su existencia no tiene sentido<sup>74</sup>. Toda vez que ha establecido la necesidad de una educación homogénea, Gellner afronta la tarea de definir el tipo de cultura que ha de ser enseñada y que sirve a los fines de la industrialización. Para él, la clave se encuentra en

---

<sup>71</sup> Gellner, E. *Naciones y Nacionalismo...*: cap. 2

<sup>72</sup> *Ibíd.*: 24-29

<sup>73</sup> Smith, A. *Nacionalismo y Modernidad...*: 74 (*cursivas son mías*)

<sup>74</sup> Gellner, E. *Naciones y Nacionalismo...*: 56

la transición desde culturas primarias, las propias de una sociedad agraria, a culturas avanzadas, típicas de una nación moderna. Las culturas en las sociedades premodernas se solapaban o diferenciaban *de facto* a las élites del resto de la población; por el contrario, en una sociedad con una cultura avanzada, las culturas son homogéneas y omnipresentes y son controladas efectivamente por cada Estado. Estas culturas avanzadas utilizan, por su parte, retazos de las culturas primarias anteriores para su propia construcción<sup>75</sup>. El nacionalismo, desde este punto de vista:

[...]...es, esencialmente, la imposición global a una sociedad en la que, con anterioridad, culturas primarias habían determinado las vidas de la mayoría y, en algunos casos, de la totalidad de la población. [...] Es el establecimiento de una sociedad anónima e impersonal, compuesta por individuos intercambiables y atomizados, que se mantienen unidos por una cultura compartida de este tipo. (Gellner, *Naciones y Nacionalismo*: 57).

Un pueblo adquiere, según Gellner, esta cultura avanzada por propia decisión. Las necesidades de los nuevos puestos de trabajo, de las nuevas burocracias y los avances técnicos hacen que una población sea consciente de su propia cultura al comunicarse con aquellos que no la poseen. El resultado es que, de esta forma, estos inmigrantes del campo que viajan a la ciudad para trabajar en el nuevo mundo industrializado son pronto conscientes de que su identidad ya no puede establecerse de modo *contextual*, sino de forma eminentemente *cultural*. Esta nueva identidad puede ser enarbolada por un movimiento nacionalista para separar a sus miembros de la cultura receptora, o bien puede ser rechazada totalmente en aras de una unificación con ella.

No obstante, cabe destacar el matiz de lo que Gellner denomina inhibidores de la entropía social, esto es, características de grupos concretos que los convierten en resistentes a la asimilación con la cultura receptora. Este tipo de rasgos, tales como el color de la piel o la firme adhesión de estos grupos a alguna religión con Escrituras, son tan evidentes que impiden convertir a sus miembros en trabajadores *perfectamente* intercambiables en la sociedad industrial<sup>76</sup>.

En resumen, el análisis de Gellner nos presenta un mundo de transición entre una sociedad agraria y una sociedad industrial. Las propias necesidades del nuevo sistema

---

<sup>75</sup> *Ibid.*: 48-49

<sup>76</sup> *Ibid.*: 98

económico alteran de forma fundamental la transmisión de cultura dentro de grupos que anteriormente se habían definido por su autorreproducción y por la comunicación *contextual* entre sus miembros. Sin embargo, la nueva sociedad industrial requiere que sus ciudadanos sean intercambiables y móviles, para lo que es necesaria una nueva cultura avanzada, creada con este fin a partir de pedazos de culturas antiguas, y transmitida por el Estado a través de un sistema nacional de educación. El resultado es una sociedad en la que los vínculos anteriores, deshechos por la migración y el abandono de medios de subsistencia anteriores, se rehacen en una nueva clave *cultural* de la que surge, inevitablemente, la identidad nacional.

Las conclusiones que se derivan son, pues, que el nacionalismo es un *producto*, una *construcción* de la sociedad industrial que simplemente enmascara los cambios producidos por el paso de la sociedad agraria a la sociedad industrial. De este modo, Gellner se asegura de dar una respuesta convincente a por qué la época industrial fue, en contraste con tiempos anteriores, una era de nacionalismo.

No obstante, este tipo de análisis no está exento de críticas. Anthony D. Smith, oponente académico de Gellner, las exponía con maestría en su *Nacionalismo y Modernidad*, publicado en 1998. En este libro criticaba las ideas de Gellner al calificarlas de fundamentalmente deterministas, singularmente su idea de que el nacionalismo está inherentemente relacionado con la industrialización (¿cómo explicar entonces casos en los que el nacionalismo se dio antes de los procesos industriales, como Irlanda o el África occidental?) su explicación sobre las culturas avanzadas y la identificación de la sociedad con ellas<sup>77</sup>. También han sido rebatidas desde postulados modernistas que han criticado la poca atención prestada por Gellner a cómo se *crean* las naciones y a qué iguala esta *creación* con la falsificación<sup>78</sup>.

Un enfoque diferente es el presentado por Benedict Anderson. En él, las naciones aparecen por primera vez en las colonias de Hispanoamérica durante el periodo inmediatamente anterior a (y también durante) sus independencias<sup>79</sup>. Las élites criollas ya pensaban en esta época de un modo que puede ser definido como *nacional* pero, ¿por qué? y ¿qué las diferenciaba de otro tipo de élites “europeas” similares que se concebían a sí mismas de formas muy distintas? La respuesta está para Anderson en lo que él

---

<sup>77</sup> Smith, A. *Nacionalismo y Modernidad ...*: 80-87

<sup>78</sup> Anderson, B. *Comunidades imaginadas...*: 24.

<sup>79</sup> *Ibíd.*: cap. 4.

denomina “la fatalidad del nacimiento transatlántico”<sup>80</sup>. Como bien es sabido, el hijo de un peninsular nacido en América era considerado, automáticamente, americano, por europeas que fueran sus raíces. El resultado de siglos de esta política fue la creación de un grupo étnica y culturalmente  *europeo*, pero legalmente americano. Si bien eran considerados como la aristocracia  *de facto* en el mundo colonial, estos criollos estaban, al mismo tiempo, limitados a la circunscripción administrativa de la que eran originarios, esto es, México, Perú, Río de la Plata o cualquier otra. Incluso en estas provincias era prácticamente imposible alcanzar, por parte de un criollo, los máximos puestos del gobierno, reservados para peninsulares especialmente durante el reinado de Carlos III y la denominada “segunda conquista de América” en la segunda mitad del siglo XVIII.

Esta fatalidad del nacimiento en el hemisferio occidental hacía que los criollos experimentaran una fuerte sensación de  *peregrinaciones* compartidas. Estos movimientos iban desde la tierra de origen del criollo hasta la capital administrativa de su provincia, pero no más allá, ya que los criollos no podían aspirar a puestos en la administración peninsular, razón por la que para ellos su frontera natural era aquella de su propia provincia. Durante esta travesía, el criollo se encontraba sin duda con otros individuos que compartían con él la fatalidad del nacimiento en América, lo que, unido al desarrollo del capitalismo impreso (y en especial, como hemos visto, el periódico) permitió la imaginación de un grupo de personas circunscrito a un territorio y con características comunes: según Anderson, el germen de la  *nación*.

La tesis de Anderson con respecto a lo que él denomina los “pioneros criollos” es atractiva porque permite explicar cómo una élite puede concebirse a sí misma como una  *nación*. Del mismo modo, explica que, aunque “en realidad todos los habitantes de toda Hispanoamérica se consideraban  *americanos*, porque este término denotaba precisamente la fatalidad compartida del nacimiento fuera de España”, el desarrollo de un capitalismo impreso con publicaciones que solo interesaban a los habitantes pendientes de las noticias de tal puerto, las propias dificultades de comunicación entre los territorios del Imperio y las  *peregrinaciones* de los funcionarios de tal provincia creó vínculos que dieron lugar a la posterior estructuración de las nuevas estructuras sobre las mismas bases que las antiguas divisiones coloniales<sup>81</sup>. Como bien resume Anderson

---

<sup>80</sup> *Ibíd.*: 91.

<sup>81</sup> *Ibíd.*: 98

En este sentido, la incapacidad de la experiencia hispanoamericana para producir un nacionalismo propio permanente refleja el grado general de desarrollo del capitalismo y de la tecnología a fines del siglo XVIII, así como el atraso “local” del capitalismo y la tecnología españoles en relación con la extensión administrativa del Imperio. [...] Los criollos protestantes de habla inglesa, en el Norte, estaban mucho más favorablemente situados para la realización de la idea de “América” y, en efecto lograron apropiarse finalmente del gentilicio común de “americanos”. (*Comunidades Imaginadas*: 99)

No obstante, el propio Anderson había definido ya las *naciones* como un artefacto cultural cuya aparición surgió de la “destilación espontánea de un *cruce* complejo de fuerzas históricas discretas [...], una vez creados, se volvieron *modulares*, capaces de ser trasplantados, con grados variables de autoconciencia, a una gran diversidad de terrenos sociales”<sup>82</sup>. De este modo, una vez la *nación* tomaba forma como fenómeno histórico, también lo hacía como *objetivo* político. Anderson prosigue así su teoría explicando cómo el nacionalismo llegó a Europa desde las Américas y alcanzó tamaña importancia en este continente<sup>83</sup>. Los nacionalismos que entre 1820 y 1920 se desarrollaron en Europa presentaban dos grandes diferencias con aquellas comunidades criollas descritas por Anderson en América. La primera de ellas era la importancia de las *lenguas nacionales impresas*, mientras que la segunda era, como ya he mencionado, la existencia de modelos *nacionales* a los que tomar como referentes, especialmente después de la Revolución francesa.

Para la cuestión del lenguaje, Anderson presenta una serie de factores que influyeron decisivamente en la relación de los europeos entre nacionalidad y lengua, tales como el surgimiento de la “historia comparada”, los descubrimientos geográficos de los europeos y el desarrollo del estudio científico de las lenguas, de modo que “las antiguas lenguas sagradas –latín, griego y hebreo- fueron obligadas a mezclarse en pie de igualdad ontológica con una variada multitud plebeya de rivales vernáculos”<sup>84</sup>. Los consumidores de esta *revolución filológica* eran la burguesía y el funcionariado que podía leer en dichas lenguas, un grupo de lectores potenciales que normalmente no se circunscribía a las fronteras de ningún reino dinástico. Este hecho empujó al surgimiento de una lengua

---

<sup>82</sup> *Ibíd.*: 21

<sup>83</sup> *Ibíd.*: cap. 5

<sup>84</sup> *Ibíd.*: 107

vernácula *estatal*, privilegiada, pero cuyo ascenso a dicha categoría era en gran medida imprevisto<sup>85</sup>.

En cuanto a los ejemplos disponibles para los nacionalismos europeos, el propio *modelo* imponía una serie de normas (introducción de las masas en la política, educación popular, sufragio, etc.) que no podían ser totalmente negadas por los nacionalistas europeos, por ajenos o reaccionarios que fueran ante dichas nociones<sup>86</sup>.

La concatenación abrumadora y desconcertante de los sucesos experimentados por sus forjadores y sus víctimas se convirtió en una “cosa” dotada de nombre propio: La Revolución Francesa. [...] [*Del mismo modo*] la confusión americana creó estas realidades imaginadas: Estados nacionales, instituciones republicanas, ciudadanía comunes, soberanía popular, banderas e himnos nacionales, etc. así como la liquidación de sus opuestos conceptuales: Imperios dinásticos, instituciones monárquicas, absolutismos, sometimientos, noblezas heredadas, servidumbre, *ghettos*, etc. (Anderson, *Comunidades Imaginadas*: 120-121).

El trabajo de Anderson ha sido muy influyente dentro del mundo académico, al recuperar ideas más matizadas que las expuestas por autores modernistas como Gellner. En lugar de contentarse con dar una respuesta, tal y como hacen éste y Hobsbawm, a la pregunta de si la razón es un artefacto o existe de forma inherente a la condición humana, Anderson se centra en *cómo* una comunidad imaginada como la nación toma forma en la mente de los individuos, lo que abre nuevas puertas al análisis histórico. Sin embargo, algunos historiadores que han analizado las teorías modernistas han criticado la vaguedad del concepto de *comunidad imaginada* (personalmente, considero también que el análisis de Anderson es mucho más sugerente al referirse a la génesis americana del nacionalismo que en su trasplante al Viejo Mundo)<sup>87</sup>. También Smith ha criticado la dificultad de explicar nociones como el autosacrificio y la peculiar pasión que despierta la *nación*, al tiempo que marca cómo el análisis de Anderson se sitúa en la dudosa frontera entre las teorías modernistas más tradicionales y los denominados métodos posmodernos<sup>88</sup>.

---

<sup>85</sup> *Ibíd.*: 115-117

<sup>86</sup> *Ibíd.*: 122.

<sup>87</sup> Mees, L. “Modernización, cultura y nacionalismo”...:138-139.

<sup>88</sup> Smith, A. *Nacionalismo y Modernidad*...: 253-257.

Otro punto de vista planteado desde la teoría modernista es el de considerar el nacionalismo, no como una creación relacionada con el capitalismo impreso o la industrialización, sino como una ideología política afín a las instituciones del Estado moderno. Este es el punto de vista de John Breuilly en su *Nacionalismo y Estado*, publicado en 1985, en el que desarrolla plenamente esta teoría. Como hemos visto en el epígrafe anterior, Breuilly consideraba que las oposiciones religiosas y políticas al Estado moderno durante los siglos XVII y XVIII podían entenderse como un preludio al nacionalismo<sup>89</sup>. Este tipo de movimientos se relacionan con el nacionalismo porque, al igual que este, desarrollan formas de oposición política que tienen que enfrentarse al nuevo tipo de Estado y porque en su interior fue forjándose de forma inconsciente una verdadera idea *nacional*<sup>90</sup>.

Para Breuilly, el aumento del poder del Estado muestra cuatro aspectos fuertemente interrelacionados y que caracterizan el surgimiento del nacionalismo<sup>91</sup>. El primero de ellos es una centralización creciente a costa del poder de instituciones locales o regionales anteriores. Los súbditos reales fueron cada vez más conscientes de que si querían cambiar algo, la forma más adecuada era referir sus propuestas al gobierno central y no a instituciones intermedias. El segundo aspecto fue la ampliación de la plantilla de colaboradores con el Estado, motivada por las necesidades logísticas del mismo, y que supuso el surgimiento de una verdadera red de funcionarios “creciente, compleja y heterogénea, localizada en una gran variedad de instituciones”<sup>92</sup>. Este tipo de relación entre súbditos y gobernados dio paso a una nueva imagen del Estado como un ente mucho más presente en la vida de la sociedad, pero al mismo tiempo totalmente desvinculado de ella. Como bien refiere Breuilly, “la distancia *horizontal* con respecto a la mayoría de los súbditos, se transformó cada vez más en una distancia *vertical* sobre ellos”<sup>93</sup>. Por último, este cambio estaba surgiendo en diversos territorios a la vez, lo que dio paso a una rivalidad internacional creciente y a una carrera armamentística que dio más poder al Estado moderno, el único capaz de mantener el ritmo necesario. Las guerras, expediciones e impuestos requeridos para mantener esta proyección internacional hicieron que fuera más fácil para sus súbditos el posicionarse a favor o en contra del Estado. Al mismo tiempo, este tipo de oposición tuvo que buscar principios alternativos para justificarse

---

<sup>89</sup> Breuilly, J. *Nacionalismo y Estado...*: 56-57

<sup>90</sup> *Ibíd.*: 51

<sup>91</sup> *Ibíd.*: 57

<sup>92</sup> *Ibíd.*: 58

<sup>93</sup> *Ibíd.*: 59

frente a una monarquía que tendía a identificarse con el interés público. Para Breuilly, es en la búsqueda de este tipo de legitimidad, en salvar la distancia creciente entre sociedad y Estado, donde encontramos el germen de la idea de *nación*<sup>94</sup>.

El análisis del autor a este respecto culmina con dos ejemplos, uno acerca de las revoluciones inglesas de los siglos XVII y XVIII y otro sobre la Francia de la Revolución. La conclusión del autor sobre ellos es que, si bien en ambos la idea *nacional* estuvo presente como elemento aglutinador de grupos variados y consiguió aunar voluntades en torno a algunos objetivos, no podemos calificar dichos movimientos de puramente nacionalistas. La razón es que Breuilly considera fundamental que,

En ambos casos, la ideología nacional tuvo contenido política y no hizo alusión a la identidad cultural. La preocupación de la oposición política se centró en los derechos garantizados a la sociedad por el Estado. No se cuestionó la identidad de esa sociedad. Sólo se cuestionó el contenido de los derechos históricos y naturales que debían ser reconocidos, y la forma en que debían ser incorporados al sistema de gobierno.  
(*Nacionalismo y Estado*: 69)

Así, toda vez que podríamos situar los orígenes de la idea de *nación* como ideología política en este momento (y tal y como exponía en su definición, esa es la naturaleza real del nacionalismo para Breuilly), algo no encaja: el licor obtenido de la destilación de esta idea *nacional* no es puramente nacionalismo. ¿Dónde encontramos pues, según este autor, un nacionalismo absolutamente desarrollado por primera vez? La respuesta no es clara en el libro de Breuilly, pero el autor comienza a hablar de nacionalistas (sin ningún tipo de referencia a sus limitaciones) al exponer los casos de los movimientos de unificación de Alemania, Italia y Polonia en la segunda mitad del siglo XIX<sup>95</sup>. Es por tanto probable que el autor considere estos movimientos como los primeros que reunieron los dos tipos de preocupación (identidad política e identidad cultural) que considera como matriz del nacionalismo. Sin embargo, y tal y como han fundamentado sus críticos<sup>96</sup>, ¿no contraría esta definición del nacionalismo la que él mismo da al comienzo de su libro al establecer que el fenómeno es principalmente una ideología política?

---

<sup>94</sup> *Ibíd.*: 60

<sup>95</sup> *Ibíd.*: cap. 2

<sup>96</sup> Smith, A. *Nacionalismo y Modernidad...*: 169-170

El análisis de Breuilly ha sido criticado porque sus dos casos principales para el origen del surgimiento de la idea *nacional*, esto es, los de Inglaterra y Francia, dejan a un lado cuestiones fundamentales como la homogeneidad cultural y étnica que son claves para entender una concepción de este tipo. Como bien marcaba Anthony D. Smith, fuera de Europa occidental este tipo de relación entre Estado y sociedad homogénea apenas existió, y los Estados dinásticos se vieron obligados a centrarse en las culturas vernáculas y en el pasado glorioso para recabar sus apoyos. Este tipo de apropiamiento es visto por Breuilly como meramente instrumental, pero esto no explica cómo pudo tener un atractivo popular de tal importancia.

## 5. Conclusiones

Como he tratado de explicar a lo largo del texto, la escuela modernista de estudio de las naciones y los nacionalismos se caracteriza por considerar su aparición un fenómeno contemporáneo con orígenes relativamente recientes ubicados en los siglos XVIII y XIX. Del mismo modo, prácticamente todos los autores de esta escuela han tenido en cuenta la importancia para este surgimiento del papel del Estado y han demarcado las condiciones que alteraron las formas de pensamiento para dar paso a la conciencia nacional. Recogen así la tesis de que “la idea de la nación como algo coexistente con un estado territorial y una población étnica o lingüística homogénea no era el resultado de ninguna *necesidad* esencial de identidad”<sup>97</sup>.

Quisiera añadir también una breve conclusión de tipo más personal. Tras estudiar las teorías modernistas sobre las naciones y los nacionalismos, he podido constatar las dificultades de encontrar un modelo teórico que responda a una realidad tan compleja y diversa como es el fenómeno nacional. Las circunstancias, sociedades y épocas en las que el fenómeno se ha presentado a lo largo y ancho del mundo hacen realmente difícil el análisis historiográfico del mismo. No obstante, y superados ya los análisis que reducían el fenómeno a una mera manifestación de los intereses de una oligarquía nacional, es necesario seguir avanzando en la comprensión de las razones por las que estos movimientos políticos se vuelven tan importantes en algunas sociedades, las formas en las que los sujetos que los siguen viven el nacionalismo y cómo se construyen relaciones

---

<sup>97</sup> Gunn, S. *Historia y Teoría Cultural...*: 163.

entre quienes se consideran miembros de una misma nación. Los teóricos modernistas tienen mucho que decir en este sentido.

## 6. Bibliografía

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (trad. Eduardo L. Suárez). México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1993.

Breuilly, John. *Nacionalismo y Estado* (trad. José M. Pomares). Barcelona: Pomares-Corredor, 1990.

Gellner, Ernest. *Naciones y Nacionalismo* (trad. Javier Seto). Madrid: Alianza, 2001.

Gunn, Simon. *Historia y Teoría Cultural* (trad. J.J. Colomina y V. Raga). Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2011.

Hobsbawm, Eric. *Naciones y nacionalismo desde 1780* (trad. Jordi Beltrán). Barcelona: Crítica, 1992.

Smith, Anthony D. *Nacionalismo y Modernidad* (trad. Sandra Chaparro). Madrid: Ed. Istmo, 2000.

Mees, Ludger. “Modernización, cultura y nacionalismo”, en Caspistegui, Francisco Javier, y Larraza, María del Mar (eds.). *Modernización, desarrollo económico y transformación social en el País Vasco y Navarra*. Pamplona: Eunate, 2003.